

# IDEOLOGÍA y ESTRATEGIA

Errico

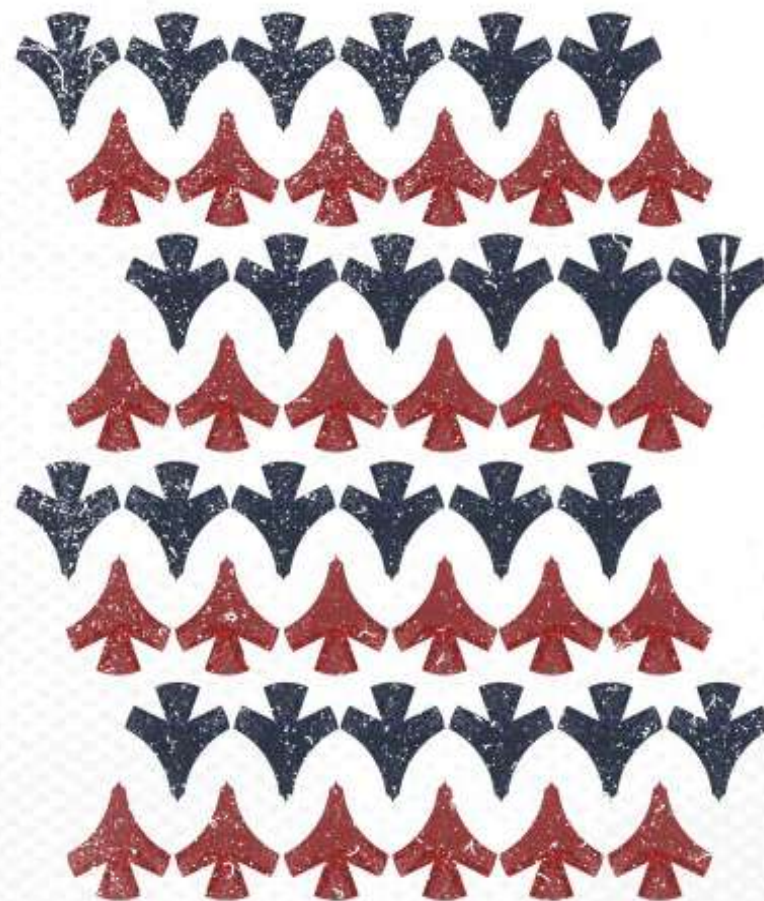
Malatesta

1892

Cuadernos de estrategia es una recopilación prologada de textos clásicos del anarquismo y de sus principales revolucionarios y revolucionarias. Es el rescate de reflexiones estratégicas e ideológicas, que tuvieron relevancia para las luchas emancipadoras y que una organización como Liza considera aún útiles hoy.

Es también una muestra de gratitud y una filiación con las ideas y las luchas que nuestra clase mantuvo. Es una muestra clara de nuestro posicionamiento y una táctica para la formación y el combate.

Es parte del fondo del que el Ateneo Itinerante se sirve para afilar sus armas.



Ateneo Itinerante  
Nº2  
2023

Cuadernos de  
estrategia  
LIZA

# Índice

- ◆ Prólogo . . . . . 2
- ◆ Afilando a Malatesta . . . . 3
- ◆ Los fines y medios . 4
- ◆ El reformismo . . . . . 7
- ◆ La organización . . . . . 11
- ◆ Los anarquistas y los movimientos obreros.. . . . 16
- ◆ Los anarquistas y los límites de la coexistencia política. . . . . 33

Puedes encontrarlos en:

- ⇒ [Plataforma.liza@gmail.com](mailto:Plataforma.liza@gmail.com)
- ⇒ [Lizaplataformaanarquista.wordpress.com](http://Lizaplataformaanarquista.wordpress.com)
- ⇒ IG: [liza\\_plataformaanarquista](#)
- ⇒ TW: [@Liza\\_Plataforma](#)



**CONSTRUIR  
LA UTOPIA  
LIZA**  
PLATAFORMA ANARQUISTA DE MADRID



## Prólogo

El anarquismo, como corriente ideológica más radical a la hora de defender la libertad, tiene ciertos problemas al relacionarse con su tradición y su historia. Por un lado, conscientes de los esfuerzos, las victorias, los sacrificios y las derrotas de todos aquellos revolucionarios que nos precedieron; profesamos un enorme sentimiento de gratitud y respeto hacia su lucha (que es también la nuestra) y hacia sus figuras, reflexiones y posicionamientos. Por otro lado, y por el mismo motivo (ese amor por la libertad que en el plano intelectual se expresa como un antidogmatismo férreo), ponemos en crisis constante su producción y su historia.

Y esto, que puede parecer contradictorio y que desde luego no es fácil de realizar, es justamente lo más anarquista que podemos hacer. Mantener una relación constante, crítica y práctica con nuestra historia. Lo que otras tradiciones elevan a categoría de ciencia, para las anarquistas es una actividad propia de su propio proceso de reflexión, o al menos debería serlo.

Sin embargo, en los últimos años hemos asistido a una guerra interna, guerra civil de los sin patria por voluntad, que como toda guerra trata de barrer al enemigo. En este caso, barrer al enemigo significa desposeerlo de su afiliación al ideal libertario, negándole en derecho a sentirse anarquista y al proceder políticamente en pro de La Idea. Esta guerra entre anarquistas que apuestan por la organización de las fuerzas libertarias y los que consideran que eso es una contradicción y una traición, se ha servido del lanzamiento de las principales figuras de la tradición libertaria como si de flechas afiladas se tratase.

Aferrados a textos de más de un siglo, los anarquistas de ambos bandos buscaban entre los escritos del panteón negro cualquier argumento que reforzase su posición para, posteriormente, arrancar dicha página, hacer una bola y lanzársela al rival. Así, la legitimidad que le otorgaba a aquellos revolucionarios que dejaron constancia de su hacer y su pensar, basada en su trayectoria de lucha proletaria y antiautoritaria, pasaba a convertirse en un principio de autoridad. Raro proceder anarquista. De esta manera unos parecían decir “Bakunin está en mi bando, mira lo que dice en esta cita”, a lo que otros respondían “Malatesta es de los míos, aquí niega la mayor” O lo que es peor, buscando desactivar las justificaciones del enemigo podíamos llegar a dinamitar la trayectoria de revolucionarios que dieron literalmente su vida desde nuestras asambleas y manifestaciones, que, aunque emocionantes y necesarias, no se pueden comparar a las primeras líneas de batalla desde las que se escribieron las notas que hoy tratamos como biblias paganas (o papel de fumar, dependiendo de nuestro interés).

## Afilando a Malatesta

Errico Malatesta se ha visto en el centro del ojo de este huracán. Su popular y popularizado debate con Makhno por la cuestión de la Plataforma y el texto de Dielo Trouda (La causa de los trabajadores), ha hecho del revolucionario italiano un espacio estratégico a querer conquistar. A nuestro entender, se ha centrado la atención de forma interesada en su primera misiva, olvidando que el debate continuó hasta expresar posturas muy cercanas entre ambos combatientes libertarios.

¿Es Malatesta un anarquista que se puede adherir a la corriente especificista? Al fin y al cabo, él teorizó sobre el Partido Anarquista. ¿Es por el contrario un defensor de la Síntesis? Porque es cierto que su planteamiento en cuanto a estas cuestiones es laxo, y habla claramente de dejar que cada cual se organice como considere. Desde Liza no pretendemos entrar en la batalla por el fuerte malatestiano. No convertiremos a los revolucionarios muertos en balas que disparar contra otras anarquistas. La selección de textos aquí recogida es explícitamente parcial. No pretendemos usar a Malatesta para defender nuestras posiciones ocultándonos tras su espalda. Hacemos de sus reflexiones una herramienta, un instrumento, para nuestros debates internos y para la formación en torno a la que construimos nuestro posicionamiento. Ni eliminamos las frases donde discrepamos de Malatesta ni subrayamos las que mejor nos vienen en esta absurda pelea.

Estos textos están seleccionados para discutir entre nosotras, para aprender debatiendo, para traerlos al presente y para construir nuestra posición ideológica, estratégica y táctica. Con esta selección y estas reflexiones previas también esperamos que a otras sirvan de la misma manera.

Liza, más de 100 años después de los textos originales.

## Anotaciones

organización directa de la nueva vida social conforme al grado de desarrollo y a la voluntad de las masas mismas de las diversas localidades.

En lo que a mí respecta, creo que no existe “una solución” a los problemas sociales, sino mil soluciones diversas y variables, como es diversa y variable, en el tiempo y en el espacio, la vida social.

En el fondo, todas las instituciones, todos los proyectos, todas las utopías serían igualmente buenas para resolver el problema, es decir, para contentar a la gente, si todos los hombres tuvieran los mismos deseos y las mismas opiniones y se encontraran en las mismas condiciones. Pero esta unanimidad de pensamiento y esta identidad de condiciones son imposibles y, a decir verdad, no serían ni siquiera deseables: y por ello en nuestra conducta actual y en nuestros proyectos para el porvenir debemos tener presente que no vivimos y no viviremos ni siquiera mañana en un mundo poblado sólo por anarquistas. En cambio, somos y seremos aún por largo tiempo una minoría relativamente pequeña. Aislarse no es generalmente posible, y aunque lo fuese redundaría en detrimento de la misión que nos hemos fijado, aparte de perjudicar nuestro bienestar personal. Es necesario entonces encontrar la manera de vivir en medio de quienes no son anarquistas de la manera más anárquica posible y con la mayor ventaja posible para la propaganda y para la realización de nuestras ideas.

## Los Fines y los medios

El fin justifica los medios. Se ha execrado mucho esta máxima, pero en realidad es la guía universal de la conducta. Sin embargo, sería mejor decir: cada fin requiere sus medios, puesto que la moral hay que buscarla en el fin; el medio es fatal. Establecido el fin al que se desea llegar, por voluntad o por necesidad, el gran problema de la vida consiste en encontrar el medio que, según las circunstancias, conduzca con mayor seguridad y del modo más económico al fin prefijado. De la manera en que se resuelva este problema depende, en la medida en que puede depender de la voluntad humana, que un hombre o un partido. logre o no su fin, que sea útil a su causa o sirva sin quererlo a la causa enemiga.

Haber encontrado el buen medio: en esto reside todo el secreto de los grandes hombres y de los grandes partidos que dejaron sus huellas en la historia. El fin de los jesuitas es, para los místicos, la gloria de Dios; para los otros es la potencia de la Compañía. Los jesuitas deben entonces esforzarse por embrutecer a las masas, aterrorizarlas y someterlas. El fin de los jacobinos y de todos los partidos autoritarios que se creen dueños de la verdad absoluta es imponer las propias ideas a la masa de los profanos. Ellos deben por lo tanto esforzarse por apoderarse del poder, someter a las masas y constreñir a la humanidad en el lecho de Procusto de sus concepciones. En cuanto a nosotros, la cosa es distinta: como nuestro fin es muy diferente, también deben serlo nuestros medios.

Nosotros no luchamos para llegar a ocupar el lugar de los explotadores y de los opresores de hoy, ni siquiera por el triunfo de una abstracción vacía. No somos de ninguna manera como aquel patriota italiano que decía: “¿Qué importa que todos los italianos mueran de hambre siempre que Italia sea grande y gloriosa!”; ni siquiera como aquel compañero que confesaba que le era indiferente que se masacraran las tres cuartas partes de los hombres, siempre que la humanidad fuese libre y feliz. Según nosotros, todo lo que está dirigido a destruir la opresión económica y política, todo lo que sirve para elevar el nivel moral e intelectual de los hombres, para darles la conciencia de sus propios derechos y de sus propias fuerzas y para persuadirlos de que defiendan ellos mismos sus propios intereses, todo lo que provoca el odio contra la opresión y suscita el amor entre los hombres, nos acerca a nuestra finalidad y por lo tanto es un bien, sujeto solamente a un cálculo cuantitativo para obtener con determinadas fuerzas el máximo de efecto útil. Y es por el contrario un mal porque está en contradicción con nuestra finalidad, todo lo que tienda a conservar el Estado actual, todo lo que tienda a sacrificar, contra su voluntad, a un hombre al triunfo de un principio.

Deseamos el triunfo de la libertad y del amor. Pero ¿deberemos por esto renunciar al empleo de los medios violentos? De ninguna manera. Nuestros medios son los que las circunstancias nos permiten e imponen. Por cierto, no querríamos arrancar un cabello a nadie; desearíamos enjugar todas las lágrimas sin hacer verter ninguna. Pero es forzoso luchar en el mundo tal como el mundo es, so pena de no ser más que soñadores

Vendrá un día –lo creemos firmemente– en el cual será posible hacer el bien de los hombres sin dañarse ni a sí mismo ni a los demás; pero hoy esto es imposible. Aun el más puro y dulce de los mártires, el que se hiciera arrastrar al patíbulo por el triunfo del bien sin ofrecer resistencia, bendiciendo a sus perseguidores como el Cristo de la leyenda, incluso, ése haría mal. Aparte del mal que se haría a sí mismo, que no obstante no es cosa despreciable, haría verter lágrimas a todos los que lo amaran.

Se trata por lo tanto siempre, en todos los actos de la vida, de elegir el mínimo mal, de tratar de hacer el menor mal logrando la mayor suma de bien posible. Evidentemente la revolución producirá muchas desgracias, muchos sufrimientos; pero aunque produjese cien veces más que los que produce, sería siempre una bendición si se la compara con los dolores que causa hoy la mala constitución de la sociedad.

Hay, y ha habido siempre en todas las luchas político–sociales, dos clases de personas que embotan y aletargan las fuerzas. Existen los que encuentran que nunca se ha llegado a una madurez suficiente, que se pretende demasiado, que hay que esperar y contentarse con avanzar poco a poco, a fuerza de pequeñas e insignificantes reformas... que se obtienen y se pierden periódicamente sin resolver nunca nada. Y están los que simulan desprecio por las cosas pequeñas, y piden que nadie se mueva sino para obtener el todo y que, al proponer cosas quizá bellísimas pero imposibles de realizar por falta de fuerzas, impiden, o tratan de impedir, que se haga por lo menos lo poco que se puede hacer.

Para nosotros la importancia mayor no reside en lo que se consigue, pues el conseguir todo lo que queremos, es decir, la anarquía aceptada y practicada por todos, no es cosa de un día ni un simple acto insurreccional. Lo importante es el método con el cual se consigue lo poco o lo mucho.

Si para obtener un mejoramiento en la situación se renuncia al propio programa integral y se cesa de propagarlo y de combatir por él, y se induce a las masas a confiar en las leyes y en la buena voluntad de los gobernantes, más bien que en su acción directa, si se sofoca el espíritu revolucionario, si se cesa de provocar el descontento y la resistencia, entonces todas las ventajas resultarán engañosas y efímeras, y en todos los casos cerrarán los caminos del porvenir. Pero si en cambio no se olvida el propósito final que uno persigue, si se suscitan las fuerzas populares, si se provoca la acción directa y la insurrección, aunque se consiga poco por el momento se habrá dado siempre un paso adelante en la preparación moral de las masas y en la realización de condiciones objetivas más favorables.

Lo óptimo, dice el proverbio, es enemigo de lo bueno: hágase como se pueda, si no se puede hacer como se quería, pero hágase algo.

Las posibles traiciones no serán tampoco inútiles, porque mostrarán a los trabajadores quiénes son los que realmente quieren servirlos, y a los revolucionarios quiénes son aquellos que quieren hacer realmente la revolución.

Nosotros en estos últimos años nos hemos aproximado para una acción práctica a los diversos partidos de vanguardia y hemos salido siempre mal parados. ¿Debemos por esto aislarnos, rehuir los contactos impuros y no movernos o tratar de movernos sino cuando podamos hacerlo con nuestras solas fuerzas y en nombre de nuestro programa integral?

Yo no lo creo.

En efecto, la revolución no podemos hacerla nosotros solos...

Deberíamos entonces estar siempre dispuestos a secundar a los que quieran actuar, aunque esto implique el riesgo de que luego nos dejen solos y nos traicionen. Pero al dar a los otros nuestra ayuda, o mejor, al tratar siempre de utilizar la fuerza de los otros y aprovechar todas las posibilidades de acción, debemos seguir siendo siempre nosotros mismos, y ponernos en condiciones de hacer sentir nuestra influencia y contar, por lo menos, en proporción a nuestras fuerzas.

Y para esto importa entenderse, unirse, organizarse de la manera más eficaz posible. No parecería necesario abundar mucho en la cuestión, visto que los anarquistas no han dado nunca lugar a equívocos en sus relaciones con los republicanos. Sin embargo, vale la pena volver sobre el argumento, porque el peligro de la confusión es siempre grande cuando de la propaganda se quiere pasar a la acción y es necesario entonces coordinar la acción propia con la de las otras fuerzas que participan de la lucha. Y es cosa por cierto muy difícil distinguir bien en la práctica dónde termina la cooperación útil en la lucha contra el enemigo común y dónde comenzaría una fusión que llevaría al partido más débil a renunciar a sus finalidades específicas...

Nos encontraríamos junto a los republicanos en el hecho revolucionario, como por otra parte estaríamos de acuerdo con los comunistas en la expropiación de la burguesía, si éstos quisieran hacerla en forma revolucionaria sin esperar a constituir primero su Estado, su dictadura; pero no por ello nos transformaríamos en republicanos o comunistas de Estado.

Podemos mantener relaciones de cooperación con partidos no anarquistas mientras tengamos con ellos un enemigo común que combatir y no podamos derrotarlo nosotros solos; pero desde el momento en que un partido llega al poder y se transforma en gobierno no podemos tener con él otras relaciones que las de enemigo a enemigo. Nos interesa, por cierto, mientras exista un gobierno, que éste sea el menos opresivo, es decir, que gobierne lo menos posible.

Pero la libertad, incluso una libertad relativa, no se obtiene de un gobierno prestándole ayuda. Sólo se obtiene haciéndole sentir el peligro que significa el comprimir demasiado. Hemos buscado siempre la alianza con todos los que desean hacer la revolución para poder abatir la fuerza material del enemigo común, pero siempre hemos proclamado de viva voz que esta alianza debía durar sólo el tiempo que duraba el acto insurreccional, y que inmediatamente después, o quizá, si era posible y necesario, durante la insurrección misma, trataríamos de realizar nuestras ideas oponiéndonos a la constitución de cualquier gobierno, de cualquier centro autoritario, y arrastrando a las masas a la toma de posesión inmediata de todos los medios de producción y de toda la riqueza social y a la

## Los anarquistas y los límites de la coexistencia política

En todos los lugares y épocas, especialmente desde que volví a Italia, he dicho y repetido que por encima de nuestras recíprocas diferencias es posible una unión de intenciones revolucionarias para conseguir un resultado verdadero y durable, que permita en serio al proletariado la conquista del bienestar y de la libertad. No sólo he dicho y repetido que tal unión es posible; yo la creo necesaria.

—Tú quieres decir que es necesaria para la revolución...

—¡Por cierto! Si la revolución pudiéramos hacerla nosotros los anarquistas solos, o si no los socialistas por su cuenta, podríamos darnos el lujo de proceder cada uno por sí, y hasta de pelear entre nosotros. Pero la revolución la hará todo el proletariado, el pueblo entero, del cual los socialistas y los anarquistas son numéricamente una minoría, aunque aquél parezca tener muchas simpatías por unos y otros. Dividirnos inclusive donde podríamos estar unidos significaría dividir al proletariado, o más bien entibiar su simpatía, hacerlo menos proclive a seguir la dirección ampliamente socialista común, que socialistas y anarquistas juntos podrían hacer triunfar en el seno de la revolución. Pero a esto deben proveer los revolucionarios, y especialmente los socialistas y anarquistas, no acentuando sus motivos de disenso sino atendiendo sobre todo a los hechos y propósitos que pueden unirlos y permitirles con seguir el máximo resultado revolucionario posible.

Sandomirsky está en favor del frente único, y también lo estoy yo, cuando este frente pueda realizarse en interés de la revolución liberadora.

Entre tanto, aunque no tengo ninguna fe en la capacidad revolucionaria de los bolcheviques, pido aún y espero que éstos no se pongan al nivel o por debajo del verdugo norteamericano, del torturador español o del esbirro italiano, y comprendan que lo menos que pueden hacer es cesar las persecuciones y poner inmediatamente en libertad a los anarquistas y a todos los otros presos políticos.

Nosotros solos no podemos derrotar al fascismo y menos aún derrocar las instituciones. Por lo tanto, debemos unimos a aquellos que, aun no siendo anarquistas, tienen en común con nosotros los fines inmediatos, o si no dejar que los fascistas continúen con la complicidad del gobierno tiranizando a Italia, y que la monarquía reine sin perturbaciones.

Pero en las “alianzas revolucionarias” uno resulta siempre “traicionado”. Es posible, pero preferimos arriesgarnos a que nos traicionen los otros, más bien que traicionarnos a nosotros mismos agotándonos en la inacción.

Otra dañina afirmación, que en muchas personas es sincera, pero en otras constituye una excusa, es la de que el ambiente social actual no permite una actitud moral, y, por consiguiente, es inútil realizar esfuerzos que no pueden lograr éxito y es mejor extraer lo más que se pueda para sí mismo de las circunstancias presentes, sin preocuparse por los demás, salvo de cambiar de vida cuando cambie la organización social. Por cierto, todo anarquista, todo socialista comprende las fatalidades económicas que hoy limitan al hombre, y todo buen observador ve que es impotente la rebelión personal contra la fuerza prepotente del ambiente social. Pero es igualmente cierto que, sin la rebelión del individuo, que se asocia con los otros individuos rebeldes para resistir al ambiente y tratar de transformarlo, este ambiente no cambiaría nunca.

Todos nosotros, sin excepción, nos vemos obligados a vivir más o menos en contradicción con nuestros ideales, pero somos socialistas y anarquistas porque sufrimos esta contradicción, y en la medida en que la sufrimos y tratamos de reducirla al mínimo posible. El día en que llegásemos a adaptarnos al ambiente, se nos pasaría naturalmente el deseo de transformarlo y nos convertiríamos en simples burgueses: burgueses quizá sin dinero, pero no por ello menos burgueses en los actos y en las intenciones.

# El reformismo

El error fundamental de los reformistas es soñar con una solidaridad, con una colaboración sincera entre patronos y siervos, entre propietarios y proletarios que, si ha podido existir en algún lugar en épocas de inconsciencia profunda de las masas y de ingenua fe en la religión y en las compensaciones ultraterrenas, hoy es totalmente imposible.

Quien fantasea con una sociedad de cerdos bien alimentados que chapotean alegremente bajo la férula de un pequeño número de porquerizos, quien no toma en cuenta la necesidad de libertad y el sentimiento de dignidad humana, quien cree en serio que existe un Dios que ordena, para sus fines recónditos, que los pobres estén sometidos y que los ricos sean buenos y caritativos, bien puede creer y aspirar a una tal organización técnica de la producción, que asegure a todos la abundancia y sea al mismo tiempo ventajosa materialmente para los patronos y los operarios. Pero en realidad “la paz social” fundada sobre la abundancia para todos seguirá siendo un sueño mientras la sociedad esté dividida en clases antagónicas, es decir, en propietarios y proletarios. Y no habrá paz ni abundancia. El antagonismo está más en los espíritus que en las cosas. No habrá nunca un entendimiento sincero entre patronos y trabajadores para la mejor explotación de las fuerzas naturales en beneficio de la humanidad, porque los patronos quieren ante todo seguir siendo patronos y ampliar cada vez más sus dominios en detrimento de los trabajadores e incluso mediante la competencia con los demás patronos, mientras los trabajadores no quieren tener más patronos.

Es inútil que nos vengan a decir, como lo hacen algunos buenos amigos, que un poco de libertad vale más que la tiranía brutal sin límite ni freno, que un horario razonable de trabajo, un salario que permite vivir un poco mejor que las bestias, la protección de las mujeres y los niños, son preferibles a una explotación del trabajo humano hasta la consunción completa del trabajador, que la escuela del Estado, por mala que fuera, es siempre mejor desde el punto de vista del desarrollo moral del niño, en comparación con las escuelas de curas y frailes... Estamos totalmente de acuerdo; y también coincidimos en que puede haber circunstancias en que el resultado de las elecciones, en un estado o una comuna, tenga consecuencias buenas o malas, y que ese resultado podría estar determinado por el voto de los anarquistas si las fuerzas de los partidos en lucha fueran casi iguales.

Generalmente se trata de una ilusión; las elecciones, cuando son tolerablemente libres, sólo tienen el valor de un símbolo: muestran el estado de la opinión pública, que se habría impuesto con medios más eficaces y con resultados mayores si no se le hubiera ofrecido el desahogo de las elecciones. Pero no importa: aunque ciertos y pequeños progresos fueran consecuencia directa de una victoria electoral, los anarquistas no deberían concurrir a las urnas y dejar de predicar sus métodos de lucha.

Problema que se puede eludir en ciertos momentos, en ocasión de una lucha concreta que reúna a todos los hombres, o por lo menos a una gran masa, en un interés y un deseo comunes, pero que resurge siempre y no es fácil de resolver mientras existan condiciones de violencia y diversidad de opinión sobre el modo de resistir a la violencia.

El método democrático, es decir, el consistente en dejar que decida la mayoría y “mantener la disciplina” no decide la cuestión, porque también él es una mentira y no lo patrocinan sinceramente sino los que tienen o creen tener la mayoría. Dejando de lado el hecho de que “la mayoría” es siempre, por lo demás, la de los dirigentes y no la de la masa, cuyos deseos generalmente se ignoran o se falsifican, no se puede pretender, ni siquiera desear, que quien está profundamente convencido de que la mayoría sigue un camino desastroso, sacrifique sus propias convicciones y asista pasivamente o, peor aún, aporte su ayuda a lo que considera un mal.

La afirmación de que hay que dejar hacer y tratar de conquistar a su vez el consenso de la mayoría, se parece al sistema que se utiliza entre los militares: “sufrir la pena y luego reclame”, y es un sistema inaceptable cuando lo que hoy se hace destruye la posibilidad de proceder mañana de otra manera.

Hay cuestiones en las cuales conviene adaptarse a la voluntad de la mayoría porque el daño de la división sería mayor que el que derivaría de un determinado error; hay circunstancias en que la disciplina se vuelve un deber porque el faltar a ella sería faltar a la solidaridad entre los oprimidos y significaría traición frente al enemigo. Pero cuando uno está convencido de que la organización toma un camino que compromete el porvenir y hace difícil remediar el mal producido, entonces es un deber rebelarse y oponerse, aun a riesgo de provocar una escisión.

Pero entonces, ¿Cuál es la vía de salida de estas dificultades, y cuál es la conducta que deberían seguir los anarquistas en esta cuestión? Para mí el remedio sería: entendimiento general y solidaridad en las luchas puramente económicas; autonomía completa de los individuos y de los diversos agrupamientos en las luchas políticas. Pero ¿Es posible ver a tiempo dónde la lucha económica se transforma en lucha política? Y ¿hay luchas económicas importantes que la intervención del gobierno no vuelva políticas desde el principio? De todos modos, nosotros los anarquistas deberíamos llevar nuestra actividad a todas las organizaciones para predicar en ellas la unión entre todos los trabajadores, la descentralización, la libertad de iniciativa, en el cuadro común de la solidaridad contra los patronos.

Y no debemos dar mucha importancia al hecho de que la manía de centralización y autoritarismo de uno, y la intolerancia de otro a toda disciplina, incluso la razonable, lleve a nuevos fraccionamientos, pues si la organización de los trabajadores es una necesidad primordial para las luchas de hoy y para la realización de mañana, no tiene gran importancia la existencia y la duración de esta o aquella determinada organización. Lo esencial es que se desarrolle el espíritu de organización, el sentimiento de solidaridad, la convicción de la necesidad de cooperar fraternalmente para combatir a los opresores y realizar una sociedad en la que todos podamos gozar de una vida verdaderamente humana.



la clase de que emana, es evidente que esa política entra en todas las manifestaciones de la vida social, y que una organización obrera no puede ser realmente independiente de los partidos, salvo transformándose ella misma en un partido.

Es por lo tanto vano esperar, y para mí estaría mal desear, que se excluya a la política de los sindicatos, puesto que toda cuestión económica de alguna importancia se transforma automáticamente en una cuestión política, y es en el terreno político, es decir con la lucha entre gobernantes y gobernados, donde se deberá resolver en definitiva la cuestión de la emancipación de los trabajadores y de la libertad humana. Y es natural, y está claro, que debe ser así.

Los capitalistas suelen mantener la lucha en el terreno económico mientras los obreros exijan mejoras pequeñas y generalmente ilusorias, pero ni bien ven disminuido su beneficio y amenazada la existencia misma de sus privilegios apelan al gobierno, y si éste no se muestra suficientemente solícito y fuerte en defenderlos, como ocurrió en los recientes casos de Italia y de España, emplean sus riquezas para financiar nuevas fuerzas represivas y constituir un nuevo gobierno que pueda servirles mejor. Por lo tanto, las organizaciones obreras deben necesariamente proponerse una línea de conducta frente a la acción actual o potencial de los gobiernos.

Se puede aceptar el orden constituido, reconocer la legitimidad del privilegio económico o del gobierno que lo defiende, o contentarse con maniobrar entre las diversas fracciones burguesas para obtener alguna mejora, como ocurre en las grandes organizaciones no animadas por un elevado ideal, como la Federación Norteamericana del Trabajo y buena parte de las Uniones inglesas, y entonces uno se transforma en la práctica en instrumento de los propios opresores y renuncia a la propia liberación de la servidumbre. Pero si se aspira a la emancipación integral, o incluso si se desean sólo mejoras definitivas que no dependan de la voluntad de los patrones y de las alternativas del mercado, no existen sino dos caminos para liberarse de la amenaza gubernativa. O apoderarse del gobierno y dirigir los poderes públicos, la fuerza de la colectividad aferrada y coartada por los gobernantes, a la supresión del sistema capitalista; o debilitar y destruir el gobierno para dejar que los interesados, los trabajadores, todos aquellos que de alguna manera concurren con el trabajo manual e intelectual al mantenimiento de la vida social, queden en libertad para proveer a las necesidades individuales y sociales de la manera que mejor consideren, excluido el derecho y la posibilidad de imponer con la violencia la voluntad de unos sobre otros.

Ahora bien, ¿Cómo hacer para mantener la unidad cuando existen quienes desean servirse de la fuerza de la asociación para llegar al gobierno, y quienes creen que todo gobierno es necesariamente opresor y nefasto y, por lo tanto, desean encaminar esa misma asociación hacia la lucha contra toda institución autoritaria presente o futura?

¿Cómo mantener juntos a los socialdemócratas, los comunistas de Estado y los anarquistas? He aquí el problema.

Puesto que no es posible hacerlo todo en el mundo, hay que elegir la propia línea de conducta.

Hay siempre una cierta contradicción entre los pequeños mejoramientos, la satisfacción de las necesidades inmediatas y la lucha por una sociedad que sea seriamente mejor que la que hoy existe.

Quien quiera dedicarse a colocar mingitorios y fuentes de agua donde sea necesario, quien quiera gastar sus fuerzas para obtener la construcción de un camino o la creación de una escuela municipal, o cualquier pequeña ley de protección del trabajo, o la destitución de algún policía brutal, quizás haga bien en servirse de su boleta electoral prometiendo el voto a este o aquel personaje poderoso. Pero entonces – puesto que queremos ser “prácticos” hay que serlo hasta el fondo–, mejor que esperar el triunfo del partido de oposición, mejor que votar por el partido más afín, es preferible hacer la corte al partido dominante, servir al gobierno de turno, hacerse agente del prefecto o del intendente de la ciudad. Y en efecto, los neo-convertidos de que hablamos no proponían ya votar por el partido más avanzado sino por el que tenía más probabilidad de éxito: el bloque de izquierda.

Pero en ese caso, ¿a dónde vamos a terminar? En el curso de la historia humana ocurre generalmente que los descontentos, los oprimidos, los rebeldes, antes de concebir y de esperar un cambio radical de las instituciones políticas y sociales, se limitan a pedir transformaciones parciales, concesiones de parte de los dominadores, mejoramientos.

La esperanza en la posibilidad y eficacia de las reformas precede a la convicción de que para abatir el dominio de un gobierno o una clase es necesario negar las razones de ese dominio, es decir, hacer una revolución.

En el orden de los hechos las reformas se realizan luego o no se realizan, y en el primer caso consolidan al régimen existente o lo minan, ayudan al advenimiento de la revolución o lo obstaculizan, favorecen o dañan el progreso general según su naturaleza específica, según el espíritu con que se las concede, y sobre todo según el espíritu con que se las pide, reclama o arranca. Naturalmente los gobiernos y las clases privilegiadas están siempre guiados por el instinto de conservación, de consolidación, de acrecentamiento de su potencia y privilegios; y cuando consienten reformas es porque juzgan que esas reformas ayudan a sus fines o porque no se sienten bastante fuertes como para resistir y ceden por temor de lo peor. Los oprimidos, por otra parte, o piden y acogen los mejoramientos como un beneficio, gratuitamente concedido reconociendo la legitimidad del poder que está sobre ellos, y entonces hacen más daño que bien y sirven para retrasar la marcha hacia la emancipación o incluso para detenerla o desviarla. O, en cambio, reclaman e imponen los mejoramientos con su acción y los acogen como victorias parciales obtenidas sobre la clase enemiga y se sirven de ellas como estímulos, aliento, medio para conquistas mayores, y entonces constituyen una sólida ayuda y preparación para la liquidación total del privilegio, es decir, para la revolución.

En efecto, llega siempre un momento en que al aumentar las pretensiones de la clase dominada, y no pudiendo los dominadores ceder más sin comprometer su dominio, estalla necesariamente el conflicto violento.

No es cierto entonces que los revolucionarios se opongan a los mejoramientos y a las reformas. Se encuentran en contraste con los reformistas, por una parte porque el método de éstos es el menos eficaz para arrancar reformas a los gobiernos y a los propietarios, los cuales no ceden sino por miedo, y, por otra parte, a menudo las reformas que éstos prefieren son las que, mientras aportan a los trabajadores una discutible ventaja inmediata, sirven después para consolidar al régimen vigente y para interesar a los trabajadores mismos en la perduración de ese régimen. Así las pensiones, los seguros estatales, la coparticipación en las utilidades en los establecimientos agrícolas e industriales, etcétera. Aparte de la odiosidad de la palabra de la que se ha abusado y de su descrédito por obra de los politiqueros, el anarquismo ha sido siempre y no podrá ser nunca otra cosa que reformista. Preferimos decir reformador para evitar toda posible confusión con los que están oficialmente clasificados como “reformistas” y desean hacer más soportable el régimen actual y por lo tanto consolidarlo mediante pequeñas y a menudo ilusorias reformas, o bien se engañan de buena fe creyendo que podrán eliminar los males sociales lamentados reconociendo y respetando, en la práctica si no en teoría, las instituciones políticas y económicas fundamentales que son causa y sostén de esos males. Pero en síntesis siempre se trata de reformas y la diferencia esencial está en el tipo de reforma que se desea y en el modo en que se cree poder llegar a la nueva forma a que se aspira.

Revolución significa, en el sentido histórico de la palabra, reforma radical de las instituciones, conquistada rápidamente mediante la insurrección violenta del pueblo contra el poder y los privilegios constituidos; y nosotros somos revolucionarios e insurreccionales porque queremos no ya mejorar las instituciones actuales sino destruirlas por completo, aboliendo todo dominio del hombre sobre el hombre y todo parasitismo sobre el trabajo humano; porque deseamos hacer esto lo más rápidamente posible y porque estamos convencidos de que las instituciones nacidas de la violencia se sostienen con la violencia y sólo cederán ante una violencia suficiente.

Pero la revolución no se puede hacer cuando se quiere. ¿Debemos permanecer inertes, esperando que los tiempos maduren por sí mismos? E incluso después de una insurrección victoriosa, ¿podremos realizar directamente todos nuestros deseos y pasar como por milagro del infierno gubernativo y capitalista al paraíso en la deseada solidaridad de intereses con los demás hombres?

Éstas son ilusiones que pueden enraizar entre los autoritarios que consideran a la masa como materia bruta a la cual quien posee el poder puede dar, a fuerza de decretos y con ayuda de fusiles y esposas, la forma que quiera.

Los sindicalistas, aparentemente de acuerdo con los anarquistas en la aversión al centralismo estatal, quieren prescindir del gobierno sustituyéndolo por los sindicatos, y dicen que son éstos los que deben apoderarse de las riquezas, requisar los víveres, distribuirlos, organizar la producción y el intercambio. Y yo no vería inconveniente en ello cuando los sindicatos abriesen de par en par las puertas a toda la población y dejaran a los disidentes en libertad para actuar y tomar su parte. Pero esta expropiación y esta distribución no pueden hacerse tumultuariamente en la práctica, no las puede realizar la masa, aunque esté agrupada en sindicatos, sin producir un desperdicio funesto de riquezas y el sacrificio de los más débiles por obra de los más fuertes y brutales; y menos aún se podrían establecer en masa los acuerdos entre las diversas localidades y los intercambios entre las distintas corporaciones de productores.

Sería necesario, por lo tanto, proveer a ello por medio de deliberaciones realizadas en asambleas populares por grupos e individuos que se ofrezcan voluntariamente o a los que se designe en forma regular. Ahora bien, si existe un número restringido de individuos que por el largo hábito son considerados jefes de los sindicatos, y existen secretarios permanentes y organizadores oficiales, serán ellos los que se encontrarán

automáticamente encargados de organizar la revolución, y tenderán a considerar como intrusos e irresponsables a los que quieran, tomar iniciativas independientes de ellos, y desearán, aunque sea con las mejores intenciones, imponer su voluntad, incluso con la fuerza. Entonces el régimen sindicalista se transformaría pronto en la misma mentira y la misma tiranía en que se transformó la así llamada dictadura del proletariado. El remedio contra este peligro y la condición para que la revolución resulte verdaderamente emancipadora residen en formar un gran número de individuos capaces de iniciativa y de tareas prácticas, en habituar a las masas a no abandonar la causa de todos en manos de cualquiera y a delegar, cuando la delegación es necesaria, sólo para cargos determinados y por tiempo limitado. Y para crear tal situación y tal espíritu el medio más eficaz es el sindicato, si está organizado y manejado con métodos verdaderamente libertarios.

La Unión de los trabajadores nació de la necesidad de proveer a las carencias actuales, del deseo de mejorar las propias condiciones y de defenderse contra los posibles empeoramientos; nació el sindicato obrero, que es la unión de quienes, privados de los medios de trabajo y obligados por lo tanto para vivir a dejarse explotar por quien posee esos medios, buscan en la solidaridad con sus compañeros de pena la fuerza necesaria para luchar contra los explotadores. Y en este terreno de la lucha económica, es decir, de la lucha contra la explotación capitalista, habría sido posible y fácil llegar a la unidad de la clase de los proletarios contra la clase de los propietarios. Pero ocurre que los partidos políticos, que por lo demás han sido a menudo los que originaron y animaron en un principio el movimiento sindical, quisieron servirse de las asociaciones obreras como campo de reclutamiento y como instrumentos para sus fines especiales, de revolución o de conservación social. De ahí las divisiones entre la clase obrera organizada en diversos agrupamientos bajo la inspiración de los distintos partidos. De ahí el propósito de quienes quieren la unidad y tratan de sustraer a los sindicatos de la tutela de los partidos políticos.

Sin embargo, en este afirmado propósito de sustraerse a la influencia de los partidos políticos, de “excluir la política de los sindicatos”, se esconde un equívoco y una mentira. Si por política se entiende lo que respecta a la organización de las relaciones humanas y, más especialmente, las relaciones libres o forzadas entre ciudadanos y la existencia o no de un “gobierno” que asuma en sí los poderes públicos y se sirva de la fuerza social para imponer la propia voluntad y defender los intereses de sí mismo y de

Retirarse de la lucha, abstenerse porque no podíamos hacer exactamente lo que queríamos, habría equivalido a renunciar a toda posibilidad presente o futura, a toda esperanza de desarrollar el movimiento en la dirección que deseábamos, y denunciar no sólo por aquella vez, sino para siempre, porque no habrá nunca masas anarquistas antes de que la sociedad se haya transformado económica y políticamente, y la misma situación volverá a presentarse todas las veces que las circunstancias hagan posible una tentativa revolucionaria.

General-strike. Será necesario, por lo tanto, ganar a cualquier costo la confianza de las masas, ponerse en situación de poderlas impulsar a salir a la calle, y para esto parecía útil conquistar cargos directivos en las organizaciones obreras. Todos los peligros de domesticación y de corrupción pasaban a segundo lugar, y además se suponía que no tendrían tiempo de producirse. Por ende, se llegó a la conclusión de dejar a cada uno en libertad de manejarse según las circunstancias o como creyese mejor, a condición de no olvidar nunca que era anarquista y de guiarse siempre por el interés superior de la causa anarquista.

Pero ahora, después de las últimas experiencias, y vista la situación actual... me parece que conviene volver sobre la cuestión y ver si no es oportuno modificar la táctica respecto de este punto importantísimo de nuestra actividad.

A mi parecer, hay que entrar en los sindicatos, porque si se permanece fuera se nos verá como enemigos, se considerará nuestra crítica con suspicacia, y en los momentos de agitación se nos tendrá por intrusos y se recibirá de mala gana nuestra ayuda. Y en cuanto a solicitar y aceptar nosotros mismos el puesto de dirigentes, creo que en líneas generales y en tiempos calmos es mejor evitarlo. Pienso sin embargo que el daño y el peligro no residen tanto en el hecho de ocupar un puesto directivo –cosa que en ciertas circunstancias puede ser útil e incluso necesaria– sino en el perpetuarse en ese puesto. Sería necesario, a mi juicio, que el personal dirigente se renovase lo más a menudo posible, sea para capacitar a un número mucho mayor de trabajadores en las funciones administrativas, sea para impedir que el trabajo de organizar se transforme en un oficio que induzca a quienes lo realizan a llevar a las luchas obreras la preocupación de no perder el empleo.

Y todo esto no sólo en interés actual de la lucha y de la educación de los trabajadores, sino también, y sobre todo, con miras al desarrollo de la revolución después que ésta se inicie.

Los anarquistas se oponen con justa razón al comunismo autoritario, que supone un gobierno que al querer dirigir toda la vida social y poner la organización de la producción y la distribución de las riquezas bajo los órdenes de sus funcionarios, no puede dejar de producir la más odiosa tiranía y la paralización de todas las fuerzas vivas de la sociedad.

Pero no tienen arraigo entre los anarquistas. Nosotros necesitamos el consenso de la gente y por lo tanto debemos persuadir con la propaganda y el ejemplo, educar y tratar de modificar el ambiente de modo que la educación pueda llegar a un número cada vez mayor de personas...

Somos reformadores hoy en tanto tratamos de crear las condiciones más favorables y el personal más consciente y numeroso posible para conducir a buen término una insurrección del pueblo; lo seremos mañana, cuando triunfe la insurrección y se conquiste la libertad, en tanto buscaremos, con todos los medios que la libertad consiente, es decir con la propaganda, con el ejemplo, con la resistencia incluso violenta contra quienes quieran coartar nuestra libertad; buscaremos, digo, la manera de conquistar para nuestras ideas un número cada vez mayor de adherentes.

Pero no reconoceremos nunca a las instituciones, tomaremos o conquistaremos las reformas posibles con el espíritu con que se va arrancando al enemigo el terreno ocupado para proceder cada vez más adelante, y seguiremos siendo enemigos de cualquier gobierno, sea el monárquico de hoy o el republicano o bolchevique de mañana.

# La Organización

La organización; que por lo demás es sólo la práctica de la cooperación y de la solidaridad, es condición natural y necesaria de la vida social: constituye un hecho ineluctable que se impone a todos, tanto en la sociedad humana en general como en cualquier grupo de personas que tengan un fin común que alcanzar.

Como el hombre no quiere ni puede vivir aislado, más aún, no puede llegar a ser verdaderamente hombre y satisfacer sus necesidades materiales y morales sino en la sociedad y con la cooperación de sus semejantes, ocurre fatalmente que quienes no poseen los medios o la conciencia bastante desarrollada para organizarse libremente con los que tienen comunidad de intereses y de sentimientos, sufren la organización construida por otros individuos, generalmente constituidos en clase o grupo dirigente con el fin de explotar para su propio beneficio el trabajo de los demás. Y la opresión milenaria de la masa por parte de un pequeño número de privilegiados ha sido siempre la consecuencia de la incapacidad de la mayor parte de los individuos para ponerse de acuerdo y organizarse con los otros trabajadores para la producción, el disfrute y la eventual defensa contra quienes quisieran explotarlos u oprimirlos.

Para remediar este estado de cosas surgió el anarquismo....

Hay dos fracciones entre quienes reivindican, con adjetivos variados o sin ellos, el nombre de anarquistas: los partidarios y los adversarios de la organización. Si no podemos llegar a ponernos de acuerdo, tratemos por lo menos de entendernos.

Y ante todo distingamos, porque la cuestión es triple: la organización en general como principio y condición de vida social, hoy y en la sociedad futura; la organización del partido anarquista; y la organización de las fuerzas populares y, especialmente, de la de las masas trabajadoras para la resistencia contra el gobierno y el capitalismo...

Y el error fundamental de los anarquistas adversarios de la organización consiste en creer que no puede haber organización sin autoridad, por lo cual prefieren, admitida esta hipótesis, renunciar más bien a cualquier tipo de organización antes que aceptar la más mínima autoridad. Ahora bien, parece cosa evidente que la organización, es decir, la asociación con un fin determinado y con las formas y medios necesarios para ese fin, resulta algo imprescindible para la vida social. El hombre aislado no puede vivir ni siquiera la vida del bruto: es impotente, salvo en las regiones tropicales y cuando la población es excesivamente escasa, para procurarse el alimento; y lo es siempre, sin excepciones, para elevarse a una vida que sea un poco superior a la de los demás animales. Debiendo entonces unirse con los otros hombres, más aún, encontrándose unido con ellos como consecuencia de la evolución anterior de la especie, el hombre debe sufrir la voluntad de los demás –ser esclavo–, o imponer su propia voluntad a los otros –ser la autoridad–, o vivir con los demás en fraternal acuerdo con miras al mayor

solidaridad en la lucha contra los patrones; deberían oponerse al espíritu corporativo y a cualquier pretensión de monopolio de la organización y del trabajo. Deberían impedir que los sindicatos sirvan de instrumentos a los politiqueros para fines electorales u otros propósitos autoritarios, y practicar y predicar la acción directa, la descentralización, la autonomía, la libre iniciativa; deberían esforzarse para que los organizados aprendan a participar directamente en la vida de la organización y a no tener necesidad de jefes y de funcionarios permanentes. Deberían, en síntesis, seguir siendo anarquistas, mantenerse siempre en entendimiento con los anarquistas y recordar que la organización obrera no es el fin, sino simplemente uno de los medios, por importante que sea, para preparar el advenimiento de la anarquía.

No hay que confundir el “sindicalismo”, que quiere ser una doctrina y un método para resolver la cuestión social, con la promoción, la existencia y las actividades de los sindicatos obreros...

Para nosotros no tiene gran importancia que los trabajadores quieran más o menos; lo importante es que lo que quieren traten de conquistarlo por sí mismos, con sus fuerzas, con su acción directa contra los capitalistas y el gobierno. Una pequeña mejora arrancada con la propia fuerza vale más, por sus efectos morales, y a la larga incluso por sus efectos materiales, que una gran reforma concedida por el gobierno o los capitalistas con fines astutos, o aun pura y simplemente por benevolencia.

Nosotros hemos comprendido siempre la gran importancia del movimiento obrero y la necesidad de que los anarquistas formen una parte activa y propulsora de éste. Y a menudo ha sido por iniciativa de compañeros nuestros que se constituyeron agrupamientos más vivos y más progresistas. Siempre hemos pensado que el sindicato es hoy un medio para que los trabajadores comiencen a comprender su posición de esclavos, a desear la emancipación y a habituarse a la solidaridad con todos los oprimidos en la lucha contra los opresores y mañana servirá como primer núcleo necesario para la continuidad de la vida social y para reorganizar la producción sin patrones ni parásitos.

Pero siempre hemos discutido, y a menudo disentido, respecto de los modos en que debía desplegarse la acción anarquista en las relaciones con la organización de los trabajadores. ¿Era necesario entrar en los sindicatos o permanecer fuera de ellos, aun tomando parte en todas las agitaciones, y tratar de darles el carácter más radical posible y mostrarse en primera línea en la acción y en los peligros? Y sobre todo, ¿era necesario o no que dentro de los sindicatos los anarquistas aceptaran cargos directivos y se prestaran, por lo tanto, a las transacciones, los compromisos, las adaptaciones, las relaciones con las autoridades y con los patrones a las que esos organismos deben adaptarse, por voluntad de los mismos trabajadores y por su interés in mediato, en las luchas cotidianas, cuando no se trata de hacer la revolución sino de obtener mejoramientos o defender los ya conseguidos? En los dos años que siguieron a la paz hasta las vísperas del triunfo de la reacción por obra del fascismo nos hemos encontrado en una situación singular.

La revolución parecía inminente, y existían de hecho todas las condiciones materiales y espirituales para que fuese posible y necesaria. Pero a nosotros, los anarquistas, nos faltaban en gran medida las fuerzas necesarias para hacer la revolución con métodos y hombres exclusivamente nuestros: necesitábamos las masas, y las masas estaban por cierto, dispuestas a la acción, pero no eran anarquistas. Además, una revolución hecha sin la ayuda de las masas, aunque hubiera sido posible, no habría podido dar origen sino a una nueva dominación, la cual, aunque la ejercitaran anarquistas, habría sido siempre la negación del anarquismo y corrompido a los nuevos dominadores, para terminar con la restauración del orden estatal y capitalista.

Pero éstas permanecen fieles al programa mientras son débiles e impotentes, es decir, mientras constituyen, más que organismos aptos para una acción eficaz, grupos de propaganda iniciados y animados por unos pocos hombres entusiastas y convencidos; pero luego, a medida que logran atraer a su seno a la masa y adquirir la fuerza para exigir e imponer mejoramientos, el programa primitivo se transforma en una fórmula vacía de la cual ya nadie se preocupa, la táctica se adapta a las necesidades contingentes, y los entusiastas de la primera hora se adaptan ellos mismos o deben ceder su lugar a los hombres “prácticos”, que se preocupan del hoy sin que les interese el mañana. Por cierto, hay compañeros que aun estando en las primeras filas del movimiento sindical siguen siendo sincera y entusiastamente anarquistas, así como hay agrupamientos obreros que se inspiran en las ideas anarquistas. Pero sería una crítica demasiado fácil ir buscando los mil casos en que aquellos hombres y agrupamientos se ponen en la práctica cotidiana en contradicción con las ideas anarquistas. ¿La dura necesidad? De acuerdo. No se puede hacer anarquismo puro cuando uno está obligado a tratar con los patrones y las autoridades; no se puede dejar que las masas procedan por sí mismas cuando se rehúsan a hacerlo y piden, exigen jefes. Pero ¿por qué confundir al anarquismo con lo que no es, y asumir nosotros, en cuanto anarquistas, la responsabilidad de las transacciones y de las adaptaciones necesarias, justamente por el hecho de que la masa no es anarquista, ni siquiera, aunque pertenezca a una organización que ha incluido el programa en sus estatutos? A mi parecer los anarquistas no deben querer que los sindicatos sean anarquistas, pero deben actuar en su seno en favor de los fines anarquistas, como individuos, como grupos y como federaciones de grupos. De la misma manera en que existen, o en que deberían existir grupos de estudio y de discusión, grupos para la propaganda escrita u oral en medio del público, grupos cooperativos, grupos que actúan en las oficinas, en el campo, en los cuarteles, en las escuelas, etcétera, también se deberían formar grupos especiales en las diversas organizaciones que hacen la lucha de clases.

Naturalmente, el ideal sería que todos fueran anarquistas y que las organizaciones funcionaran de una manera anárquica; pero está claro que entonces no sería necesario organizarse para la lucha contra los patrones, porque ya no los habría.

Vistas las circunstancias tal cual son, visto el grado de desarrollo de las masas en medio de las cuales se trabaja, los grupos anarquistas no deberían pretender que las organizaciones actuaran como si fueran anarquistas, sino que deberían esforzarse para que éstas se aproximaran lo más posible a la táctica anarquista. Si para la vida de la organización y las necesidades y la voluntad de los organizadores es incluso necesario transigir, ceder, tener contacto impuro con la autoridad y con los patrones, que así se haga; pero que lo hagan otros y no los anarquistas, cuya misión es la de mostrar las insuficiencias y la precariedad de todas las mejoras que se pueden obtener en el régimen capitalista y de impulsar a la lucha hacia soluciones cada vez más radicales.

Los anarquistas en los sindicatos deberían luchar para que éstos permanezcan abiertos a todos los trabajadores cualquiera sea su opinión y partido, con la sola condición de la

bien de todos –ser un asociado–. Nadie puede eximirse de esta necesidad; y los antiorganizadores más excesivos no sólo sufren la organización general de la sociedad en que viven, sino también en los actos voluntarios de su vida, e incluso en su rebelión contra la organización se unen, se dividen el trabajo, se organizan con aquellos con los que están de acuerdo y utilizan los medios que la sociedad pone a su disposición.

Admitida como posible la existencia de una colectividad organizada sin autoridad, es decir, sin coacción –y para los anarquistas es necesario admitirlo porque en caso contrario el anarquismo no tendría sentido–, pasamos a hablar de la organización del partido anarquista.

También en este caso la organización nos parece útil y necesaria. Si partido significa un conjunto de individuos que tienen un fin común y se esfuerzan por alcanzarlo, es natural que se entiendan, unan sus fuerzas, se dividan el trabajo y tomen todas las medidas que juzguen aptas para llegar a aquel fin. Permanecer aislados actuando o queriendo actuar cada uno por su cuenta sin entenderse con los demás, sin prepararse, sin unir en un haz potente las débiles fuerzas de los individuos, significa condenarse a la impotencia, malgastar la propia energía en pequeños actos sin eficacia y muy pronto perder la fe en la meta y caer en la completa inacción...

Un matemático, un químico, un psicólogo, un sociólogo pueden decir que no tienen programa o que no tienen el de buscar la verdad: quieren conocer, no quieren hacer algo. Pero el anarquismo y el socialismo no son ciencias: son propósitos, proyectos que los anarquistas y los socialistas desean poner en práctica, y que por ello tienen necesidad de ser formulados en programas determinados. Si es cierto que [la organización crea jefes], es decir, si es cierto que los anarquistas son incapaces de reunirse y ponerse de acuerdo entre sí sin someterse a ninguna autoridad, esto quiere decir que son aún muy poco anarquistas y que antes de pensar en establecer el anarquismo en el mundo deben pensar en volverse capaces ellos mismos de vivir anárquicamente. Pero el remedio no residiría ya en la organización, sino en la acrecentada conciencia de los miembros individuales... Tanto en las sociedades pequeñas como en las grandes, aparte de la fuerza bruta, que no tiene nada que ver con nuestro caso, el origen y la justificación de la autoridad reside en la desorganización social. Cuando una colectividad tiene una necesidad y sus miembros no saben organizarse espontáneamente y por sí mismos para atenderla, surge alguien, una autoridad, que satisface esa necesidad sirviéndose de las fuerzas de todos y dirigiéndolas a su voluntad. Si las calles son inseguras y el pueblo no sabe solucionar el problema, surge una policía que, por algún servicio que presta, se hace soportar y pagar, y se impone y tiraniza. Si hay necesidad de un producto, y la colectividad no sabe entenderse con los productores lejanos para hacérselo enviar a cambio de productos del país, surge el mercader que medra con la necesidad que tienen unos de vender y los otros de comprar, e impone los precios que él quiere a los productores y a los consumidores.

Ved lo que ha sucedido siempre entre nosotros: cuanto menos organizados estamos tanto más nos encontramos a discreción de algún individuo. Y es natural que así sea...

De modo que la organización, lejos de crear la autoridad es el único remedio contra ella y el solo medio para que cada uno de nosotros se habitúe a tomar parte activa y consciente en el trabajo colectivo y deje de ser instrumento pasivo en manos de los jefes...

Pero una organización, se dice, supone la obligación de coordinar la propia acción y la de los otros, y por lo tanto viola la libertad, traba la iniciativa. A nosotros nos parece que lo que verdaderamente elimina la libertad y hace imposible la iniciativa es el aislamiento que vuelve a los hombres impotentes. La libertad no es el derecho abstracto sino la posibilidad de hacer una cosa: esto es cierto entre nosotros como lo es en la sociedad general. Es en la cooperación de los otros hombres donde el hombre encuentra los medios para desplegar su actividad, su poder de iniciativa.

Una organización anarquista debe fundarse, a mi juicio, sobre la plena autonomía, sobre la plena independencia, y por lo tanto la plena responsabilidad de los individuos y de los grupos; el libre acuerdo entre los que creen útil unirse para cooperar con un fin común; el deber moral de mantener los compromisos aceptados y no hacer nada que contradiga el programa aceptado. Sobre estas bases se adoptan luego las formas prácticas, los instrumentos adecuados para dar vida real a la organización. De ahí los grupos, las federaciones de grupos, las federaciones de federaciones, las reuniones, los congresos, los comités encargados de la correspondencia o de otras tareas. Pero todo esto debe hacerse libremente, de modo de dar mayor alcance a los esfuerzos que, aislados, serían imposibles o de poca eficacia.

Así los congresistas en una organización anarquista, aunque adolezcan como cuerpos representativos de todas las imperfecciones... están exentos de todo autoritarismo porque no hacen leyes, no imponen a los demás sus propias deliberaciones. Sirven para mantener y aumentar las relaciones personales entre los compañeros más activos, para sintetizar y fomentar los estudios programáticos sobre las vías y medios de acción, para hacer conocer a todos las situaciones de las diversas regiones y la acción que más urge en cada una de ellas, para formular las diversas opiniones corrientes entre los anarquistas y hacer de ellas una especie de estadística –y sus decisiones no son reglas obligatorias, sino sugerencias, consejos, propuestas que deben someterse a todos los interesados y no se vuelven obligatorias, ejecutivas, sino para quienes las aceptan y mientras las acepten–. Los órganos administrativos que ellos nombran –comisión de correspondencia, etcétera– no tienen ningún poder directivo, no toman iniciativas sino por cuenta de quien solicita y aprueba esas iniciativas, y no tienen ninguna autoridad para imponer sus propios puntos de vista, que ellos pueden por cierto sostener y difundir como grupos de compañeros, pero no pueden presentar como opiniones oficiales de la organización. Ellos publican las

Pero no me propongo ocuparme aquí del sindicalismo como sistema social, puesto que no es eso lo que puede determinar la acción actual de los anarquistas respecto del movimiento obrero.

Aquí se trata del movimiento obrero en el régimen capitalista y estatal y se incluyen en el nombre de sindicalismo todas las organizaciones obreras, todos los “sindicatos” constituidos para resistir a la opresión de los patrones y disminuir o anular la explotación del trabajo humano por parte de quienes detentan las materias primas y los instrumentos de trabajo.

Ahora bien, yo digo que esas organizaciones no pueden ser anárquicas y no está bien pretender que lo sean, porque si así fuese no servirían a su fin ni a los que se proponen los anarquistas al participar en ellos.

El sindicato está hecho para defender los intereses actuales de los trabajadores y mejorar su situación en la medida de lo posible antes de que estemos en condiciones de hacer la revolución y transformar con ella a los actuales asalariados en trabajadores libres, libremente asociados en beneficio de todos.

Para que el sindicato pueda servir a su propio fin y, al mismo tiempo, ser un medio de educación y un campo de propaganda para una futura transformación social radical, es necesario que reúna a todos los trabajadores, o por lo menos a todos los que aspiren a mejorar sus condiciones de vida y que sean susceptibles de capacitarse para alguna forma de resistencia contra los patrones. ¿Se quiere quizás esperar a que los trabajadores se vuelvan anarquistas antes de invitarlos a organizarse y antes de admitirlos en la organización, invirtiendo así el orden natural de la propaganda y del desarrollo psicológico de los individuos y haciendo la organización de resistencia cuando ya no habría necesidad de ella, porque la masa sería capaz de hacer la revolución? En este caso el sindicato constituiría el duplicado del grupo anárquico y sería impotente para obtener mejoras y para hacer la revolución. La alternativa consiste en tener redactado un programa anarquista y contentarse con una adhesión formal, inconsciente, y reunir así gente que seguiría como un rebaño a los organizadores para dispersarse luego o pasarse al enemigo en la primera ocasión en que fuera necesario mostrar que uno es anarquista en serio.

El sindicalismo (entiendo el sindicalismo práctico y no el teórico que cada uno se imagina a su manera) es por su naturaleza misma reformista. Todo lo que se puede esperar de él es que las reformas que pretende y consigue sean tales y que las sostenga de modo que sirvan para la educación y la preparación revolucionaria y dejen abierto el camino a exigencias cada vez mayores.

Toda fusión o confusión entre el movimiento anarquista y revolucionario y el movimiento sindicalista termina haciendo impotente al sindicato para su finalidad específica, o atenuando, falseando y aniquilando el espíritu anarquista.

El sindicato puede surgir con un programa socialista, revolucionario o anarquista; más aún, con programas de este tipo como nacen generalmente las diversas organizaciones obreras.

Las organizaciones obreras, especialmente en su forma cooperativista—que, por otra parte, en el régimen capitalista tiende a descabezar la resistencia obrera—, pueden servir por cierto para desarrollar en los trabajadores las capacidades técnicas y administrativas, pero en tiempo de revolución y para la reorganización social deben desaparecer y fundirse con las nuevas agrupaciones populares que las circunstancias requieran. Y es tarea de los revolucionarios tratar de impedir que en ellas se desarrolle ese espíritu de cuerpo que las convertiría en un obstáculo para la satisfacción de las nuevas necesidades sociales.

Por lo tanto, en mi opinión, el movimiento obrero es un medio que podemos emplear hoy para la elevación y la educación de las masas, y mañana para el inevitable choque revolucionario.

Pero es un medio que tiene sus inconvenientes y sus peligros. Y nosotros los anarquistas debemos empeñarnos en neutralizar los inconvenientes, conjurar los peligros y utilizar lo más que se pueda el movimiento para nuestros fines. Esto no requiere decir que deseamos, como se ha dicho, poner al movimiento obrero al servicio de nuestro partido. Por cierto nos contentaríamos con que todos los obreros, todos los hombres fuesen anarquistas, lo cual constituye el límite extremo a que tiende idealmente todo propagandista; pero entonces el anarquismo sería un hecho y ya no tendrían lugar ni motivo estas discusiones.

En el estado actual de las cosas querríamos que el movimiento obrero, abierto a todas las propagandas idealistas y parte constitutiva de todos los hechos de la vida social, económicos, políticos y morales, viva y se desarrolle libre de toda dominación de los partidos, tanto del nuestro como de los demás. Hay muchos compañeros que aspiran a unificar el movimiento obrero y el movimiento anarquista, y donde pueden, como por ejemplo en España y en la Argentina e incluso un poco en Italia, en Francia, en Alemania, etcétera, tratan de dar a las organizaciones obreras un programa netamente anarquista. Son los que se llaman “anarco-sindicalistas”, o, confundiendo con otros que no son verdaderamente anarquistas, toman el nombre de “sindicalistas revolucionarios”.

Es necesario explicar qué se entiende por “sindicalismo”. Si se trata del porvenir deseado, es decir, si por sindicalismo se entiende la forma de organización social que debería sustituir a la organización capitalista y estatal, entonces o es lo mismo que anarquismo, y consiste por lo tanto en una palabra que sólo sirve para confundir las ideas, o es una cosa distinta del anarquismo, y entonces no la pueden aceptar los anarquistas. De hecho, entre las ideas y los propósitos futurísticos expuestos por uno u otro sindicalista hay algunos auténticamente anarquistas, pero también otros que reproducen con distintos nombres y diversas modalidades la estructura autoritaria que es causa de los males que hoy lamentamos, y, por lo tanto, no tienen nada que ver con el anarquismo.

resoluciones de los congresos y las opiniones y las propuestas que grupos e individuos se comunican entre sí; y sirven, para quien quiera utilizarlos, para facilitar las relaciones entre los grupos y la cooperación entre quienes están de acuerdo sobre las diversas iniciativas: todos están en libertad, si les parece, de mantener contacto directo con cualquiera, o de servirse de otros comités nombrados por agrupamientos especiales.

En una organización anarquista todos los miembros pueden expresar todas las opiniones y emplear todas las técnicas que no estén en contradicción con los principios aceptados y no dañen la actividad de los demás. En todos los casos una determinada organización dura mientras las razones de unión sean superiores a las de disenso: en caso contrario se disuelve y deja su lugar a otros agrupamientos más homogéneos.

Por cierto, la duración, la permanencia de una organización es condición del éxito en la larga lucha que debemos librar, y por otro lado es natural que todas las instituciones aspiren, por instinto, a durar indefinidamente. Pero la duración de una organización libertaria debe ser consecuencia de la afinidad espiritual de sus componentes y de la adaptabilidad de su constitución, a los continuos cambios de las circunstancias: cuando ya no es capaz de cumplir una función útil es mejor que muera.

Nos sentiríamos por cierto felices si pudiéramos todos ponernos de acuerdo y unir todas las fuerzas del anarquismo en un movimiento, etcétera... Es mejor estar desunidos que mal unidos. Pero querríamos esperar que cada individuo se uniera con sus amigos y que no existieran fuerzas aisladas, o fuerzas desperdiciadas. Nos falta hablar de la organización de las masas trabajadoras para la resistencia contra el gobierno y contra los patrones... Los trabajadores no podrán emanciparse nunca mientras no encuentren en la unión la fuerza moral, la fuerza económica y la fuerza física que es necesaria para derrotar a la fuerza organizada de los opresores.

Ha habido anarquistas, y los hay todavía por lo demás, que aun reconociendo... la necesidad de organizarse hoy, para la propaganda y la acción, se muestran hostiles a todas las organizaciones que no tengan como objetivo directo el anarquismo y no sigan métodos anarquistas... A esos compañeros les parecía que todas las fuerzas organizadas para un fin que no fuera radicalmente revolucionario eran fuerzas sustraídas a la revolución. A nosotros nos parece, en cambio, y la experiencia nos ha dado ya lamentablemente razón, que este método condenaría al movimiento anarquista a una perpetua esterilidad.

Para hacer propaganda hay que encontrarse en medio de la gente, y es en las asociaciones obreras donde los trabajadores encuentran a sus compañeros y en especial a aquellos que están más dispuestos a comprender y a aceptar nuestras ideas.

Pero aunque se pudiese hacer fuera de las asociaciones toda la propaganda que se quisiera, ésta no podría tener efecto sensible sobre la masa trabajadora. Aparte de un pequeño número de individuos, más decididos y capaces de reflexión abstracta y de entusiasmos teóricos, el trabajador no puede llegar de golpe al anarquismo. Para llegar a ser anarquista en serio, y no solamente de nombre, es necesario que el trabajador empiece a sentir la solidaridad que lo vincula con sus compañeros, que aprenda a cooperar con los demás en la defensa de los intereses comunes, y que al luchar contra los patrones y el gobierno que los sostiene, comprenda que los patrones y los gobiernos son parásitos inútiles y que los trabajadores podrían conducir por sí mismos la economía social. Y cuando ha comprendido esto es anarquista, aunque no lleve ese nombre.

Por lo demás, favorecer las organizaciones populares de todas clases es consecuencia lógica de nuestras ideas fundamentales, y debería por lo tanto formar parte de nuestro programa.

Un partido autoritario, que trata de apoderarse del poder para imponer sus propias ideas, tiene interés en que el pueblo siga siendo una masa amorfa, incapaz de obrar por sí mismo y, por lo tanto, siempre fácil de dominar. Y por ello lógicamente ese partido no debe desear más que la pequeña cantidad de organización que necesita para llegar al poder y sólo la de ese tipo: organización electoral, si desea llegar por medios legales; organización militar, si confía, en cambio, en una acción violenta.

Pero nosotros los anarquistas no podemos emancipar al pueblo; queremos que el pueblo se emancipe. No creemos en el bien que viene de lo alto y se impone por la fuerza; queremos que el nuevo modo de vida social surja de las vísceras del pueblo y corresponda al grado de desarrollo alcanzado por los hombres y pueda progresar a medida que éstos progresan. A nosotros nos importa, por lo tanto, que todos los intereses y todas las opiniones encuentren en una organización consciente la posibilidad de hacerse valer y de influir sobre la vida colectiva en proporción a su importancia.

Nosotros nos hemos fijado la tarea de luchar contra la actual organización social y de abatir los obstáculos que se opongan al advenimiento de una nueva sociedad en la cual estén asegurados la libertad y el bienestar para todos. Para conseguir este fin nos unimos en un partido y tratamos de ser cada vez más numerosos y lo más fuertes que sea posible. Pero si lo único organizado fuera nuestro partido, si los trabajadores permanecieran aislados como otras tantas unidades indiferentes entre sí y sólo vinculados por la cadena común, si nosotros mismos, aparte de estar organizados en un partido en tanto somos anarquistas, no lo estuviésemos con los trabajadores en tanto somos trabajadores, no podríamos lograr nada, o, en el más favorable de los casos, sólo podríamos imponernos... y entonces ya no sería el triunfo del anarquismo, sino nuestro triunfo. Entonces, por más que nos llamáramos anarquistas, en realidad sólo seríamos simples gobernantes, y resultaríamos impotentes para el bien, como lo son todos los gobernantes.

Veamos la Federación del Trabajo de los Estados Unidos de Norteamérica. Ésta no realiza la lucha contra los patrones sino en el sentido en que luchan dos comerciantes que discuten las condiciones de un contrato. La verdadera lucha la hace contra los recién venidos, forasteros o nativos, que querían ser admitidos para poder trabajar en una industria cualquiera, contra los rompehuelgas forzados que no pueden obtener trabajo en las fábricas que reconocen a la organización, porque los dirigentes sindicales se oponen, y entonces se ven obligados a ofrecerse en los open shops, es decir, a aquellos patrones que, rebelándose contra las imposiciones de la organización obrera, admiten como trabajadores a gente no afiliada y se aprovechan de esa circunstancia para explotarlos en forma más inhumana que a los demás. Esos sindicatos norteamericanos, cuando alcanzaron el número de socios que consideran suficiente para poder tratar de igual a igual con los patrones, buscan en seguida impedir la inscripción de nuevos socios mediante tasas prohibitivas de ingresos o cierran directamente los registros y no admiten nuevas solicitudes. Delimitan rigurosamente el oficio, o la parte del oficio que corresponde a cada sindicato y prohíben que uno invada en lo más mínimo el campo del "trabajo de los otros".

Los obreros calificados desdeñan a los manuales; los blancos desprecian y oprimen a los negros; los "verdaderos norteamericanos" consideran inferiores a los chinos o a los italianos, etcétera. Si ocurriese una revolución en los Estados Unidos, los sindicatos fuertes y ricos se pondrían por cierto contra el movimiento, porque temerían por sus fondos y por la posición privilegiada que se han asegurado. Y así ocurriría quizás en Inglaterra y en otros lugares. Esto no es sindicalismo, lo sé muy bien; y los sindicalistas combaten continuamente contra esta tendencia de los sindicatos a transformarse en instrumentos de bajos egoísmos, y hacen con ello un trabajo utilísimo. Pero la tendencia existe y no se la puede corregir si no se excede la órbita de los métodos sindicalistas. Los sindicalistas serán muy valiosos en el período revolucionario, pero con la condición de ser... lo menos sindicalistas posibles. No es cierto lo que pretenden los sindicalistas, cuando afirman que la organización obrera de hoy servirá para la sociedad futura y facilitará el tránsito del régimen burgués al régimen igualitario. Ésta es una idea que gozaba de favor entre los miembros de la Primera Internacional; y si mal no recuerdo, en los escritos de Bakunin se dice que la nueva sociedad se realizaría mediante el ingreso de todos los trabajadores en las Secciones de la Internacional. Pero a mí esto me parece erróneo. Los cuadros de las organizaciones obreras existentes corresponden a las condiciones actuales de la vida económica tal como resultó de la evolución histórica y de la imposición del capitalismo.

La nueva sociedad no puede realizarse sino rompiendo aquellos cuadros y creando organismos nuevos correspondientes a las nuevas condiciones y a los nuevos fines sociales. Los obreros están hoy agrupados según los oficios que ejercen, las industrias en las que trabajan, según los patrones contra los que deben luchar o las firmas comerciales a las que están vinculados. ¿De qué servirían estos agrupamientos, cuando una vez suprimidos los patrones y trastornadas las relaciones comerciales deban desaparecer buena parte de los oficios y de las industrias actuales, algunos definitivamente porque son inútiles y dañinos, y otros en forma temporaria porque serán útiles en el porvenir, pero no tendrán razón de ser ni posibilidad de vida en el período tormentoso de la crisis social? ¿De qué servirán, para citar un ejemplo entre mil, las organizaciones de canteros de Carrara cuando sea necesario que esos operarios vayan a cultivar la tierra y a aumentar los productos alimenticios, dejando para el porvenir la construcción de los monumentos y de los palacios marmóreos?



No me extenderé citando muchos ejemplos de contrastes de intereses entre las diversas categorías de productores y de consumidores... el antagonismo entre ocupados y desocupados, entre hombres y mujeres, entre operarios nativos y operarios venidos del exterior, entre los trabajadores que usufructúan de un servicio público y los que trabajan en esos servicios, entre los que saben un oficio y los que desean aprenderlo, etcétera, etcétera.

Recordaré más especialmente el interés que tienen los obreros de la industria de lujo en la prosperidad de las clases ricas, y el de múltiples grupos de trabajadores de las diferentes localidades en que el “comercio” vaya bien, aunque a expensas de otras localidades y con daño de la producción útil para la masa. Y ¿qué decir de quienes trabajan en cosas dañinas para la sociedad y para los individuos, cuando no tienen otro modo de ganarse la vida? Id nomás, en tiempo ordinario, cuando no hay fe en una inminente revolución, id a persuadir a los trabajadores de los arsenales amenazados por la falta de trabajo a decirles que no pidan al gobierno la construcción de un nuevo acorazado. Y resolved, si podéis, con medios sindicales y haciendo justicia a todos, el conflicto entre los estibadores que no tienen otra manera de asegurarse la vida sino monopolizando el trabajo en ventaja, de aquellos que ya ejercen el oficio desde hace tiempo, y los recién llegados, los temporarios, que exigen su derecho al trabajo y a la vida. Todo esto y tantas otras cosas que se podrían decir muestran que el movimiento obrero por sí mismo, sin el fermento del idealismo revolucionario contrastante con los intereses presentes e inmediatos de los obreros, sin el impulso y la crítica de los revolucionarios, lejos de llevar a la transformación de la sociedad en beneficio de todos, tiende a fomentar los egoísmos de grupo y a crear una clase de obreros privilegiada superpuesta a la gran masa de los desheredados.

Y esto explica el hecho general de que en todos los países las organizaciones obreras, a medida que crecieron y se robustecieron, se volvieron conservadoras y reaccionarias, y que los que consagraron sus esfuerzos al movimiento obrero con intenciones honestas y teniendo en vista una sociedad de bienestar y de justicia para todos, están condenados a un trabajo de Sísifo y deben recomenzar periódicamente desde el principio.

Esto puede no ocurrir si hay espíritu de rebelión en la masa y una luz ideal ilumina y eleva a los obreros mejor dotados y más favorecidos por las circunstancias, que estarían en condiciones de constituir la nueva clase privilegiada. Pero es indudable que si se permanece en el terreno de la defensa de los intereses inmediatos, que es el terreno propio de los sindicatos, puesto que los intereses no son armónicos ni pueden armonizarse dentro del régimen capitalista, la lucha entre los trabajadores es un hecho natural y puede incluso, en ciertas circunstancias y entre ciertos grupos, volverse más encarnizada que entre los trabajadores y los explotadores.

Para convencerse de ello basta observar lo que son las mayores organizaciones obreras en los países en que existe mucha organización y poca propaganda o tradición revolucionaria.

## Los anarquistas y los movimientos obreros

Hoy la fuerza más grande de transformación social es el movimiento obrero (movimiento sindical), y de su dirección depende, en gran parte, el curso que tomarán los acontecimientos y la meta a que llegará la próxima revolución. Por medio de las organizaciones, fundadas para la defensa de sus intereses, los trabajadores adquieren la conciencia de la opresión en que se encuentran y del antagonismo que los divide de sus patrones, comienzan a aspirar a una vida superior, se habitúan a la lucha colectiva y a la solidaridad y pueden llegar a conquistar aquellos mejoramientos que son compatibles con la persistencia del régimen capitalista y estatal. Después, cuando el conflicto se vuelve incurable, ocurre la revolución, o si no la reacción.

Los anarquistas deben reconocer la utilidad y la importancia del movimiento sindical, deben favorecer su desarrollo y hacer de él una de las palancas de su acción, realizando todo lo posible para que ese movimiento, en cooperación con las otras fuerzas progresistas existentes, desemboque en una revolución social que lleve a la supresión de las clases, a la libertad total, a la igualdad, a la paz y a la solidaridad entre todos los seres humanos. Pero sería una grande y letal ilusión creer, como hacen muchos, que el movimiento obrero puede y debe por sí mismo, como consecuencia de su naturaleza misma, llevar a una revolución de esta clase. Al contrario, todos los movimientos fundados en los intereses materiales e inmediatos —y no se puede fundar sobre otras bases un vasto movimiento obrero—, si falta el fermento, el impulso, el trabajo concertado de los hombres de ideas, que combaten y se sacrifican en vistas de un porvenir ideal, tienden fatalmente a adaptarse a las circunstancias, fomentan el espíritu de conservación y el temor a los cambios en aquellos que logran obtener condiciones mejores, y terminan a menudo creando nuevas clases privilegiadas y sirviendo para sostener y consolidar el sistema que se desearía abatir.

De aquí la necesidad urgente de que existan organizaciones estrictamente anarquistas que tanto dentro como fuera de los sindicatos luchen para la realización integral del anarquismo y traten de esterilizar todos los gérmenes de degeneración y de reacción. Pero es evidente que para conseguir sus fines las organizaciones anarquistas deben hallarse, en su constitución y funcionamiento, en armonía con los principios del anarquismo, es decir, no deben estar contaminadas de ninguna manera por el espíritu autoritario, tienen que saber conciliar la libre acción de los individuos con la necesidad y el placer de la cooperación, servir para desarrollar la conciencia y la capacidad organizativa de sus miembros y constituir un medio educativo para el ambiente en que éstos actúan y una preparación moral y material para el porvenir que deseamos.

Misión de los anarquistas es la de trabajar y reforzar las conciencias revolucionarias entre los organizados y permanecer en los sindicatos siempre como anarquistas.

Es cierto que en muchos casos los sindicatos, por exigencias inmediatas, están obligados a transacciones y compromisos. Yo no los critico por eso, pero es justamente por tal razón que debo reconocer en los sindicatos una esencia reformista. Los sindicatos cumplen una tarea de hermandad entre las masas proletarias y eliminan los conflictos que, en caso contrario, podrían producirse entre unos trabajadores y otros. Mientras los sindicatos deben librar la lucha por la conquista de los beneficios inmediatos, y por lo demás es justo y humano que los trabajadores exijan mejoras, los revolucionarios sobrepasan también esto. Ellos luchan por la revolución expropiadora del capital y por el abatimiento del Estado, de todo Estado, como quiera que se llame.

Puesto que la esclavitud económica es fruto de la servidumbre política, para eliminar a una hay que abatir a la otra, aunque Marx decía lo contrario. ¿Por qué el campesino lleva trigo al patrón? Porque está el gendarme que lo obliga a ello. Por lo tanto, el sindicalismo no puede ser un fin en sí mismo, puesto que la lucha debe también librarse en el terreno político para extinguir al Estado.

Los anarquistas no quieren dominar la Unión Sindical Italiana; no lo querrían ni siquiera en el caso de que todos los obreros adheridos a ella fueran anarquistas, ni se proponen asumir la responsabilidad de las negociaciones. Nosotros, que no queremos el poder, deseamos sólo las conciencias; son los que desean dominar los que prefieren tener ovejas para guiarlas mejor.

Preferimos obreros inteligentes, aunque fueran adversarios nuestros, más que anarquistas que sólo lo sean por seguimos como un rebaño. Queremos la libertad para todos; queremos que la revolución la haga la masa para la masa. El hombre que piensa con su propio cerebro es preferible al que aprueba ciegamente todo. Por esto, como anarquistas, estamos en favor de la Unión Sindical Italiana, porque ésta desarrolla las conciencias de la masa. Vale más un error cometido con conciencia, creyendo hacer el bien, que una cosa buena hecha servilmente.

Justamente porque estoy convencido de que los sindicatos pueden y deben ejercer una función utilísima, y quizá necesaria, en el tránsito de la sociedad actual a la sociedad igualitaria, querría que se los juzgara en su justo valor y que se tuviese siempre presente su natural tendencia a transformarse en corporaciones cerradas que únicamente se proponen propugnar los intereses egoístas de la categoría, o, peor aún, sólo de los agremiados; así podremos combatir mejor tal tendencia e impedir que los sindicatos se transformen en órganos conservadores. Justamente porque reconozco la grandísima utilidad que pueden tener las cooperativas en lo que respecta a acostumbrar a los operarios a la gestión de sus asuntos y de su trabajo y a funcionar, al comienzo de la revolución, como órganos ya prontos para la organización de la distribución de los productos y servir como centros de atracción en torno de los cuales podrá reunirse la masa de la población, también combato el espíritu mercantilista que tiende naturalmente

a desarrollarse en ellas y querría que estuvieran abiertas a todos, que no otorgasen ningún privilegio a sus socios y, sobre todo, que no se transformasen, como sucede con frecuencia, en verdaderas sociedades anónimas capitalistas que emplean y explotan a asalariados y especulan con las necesidades del público.

A mi parecer, las cooperativas y los sindicatos tal como existen en el régimen capitalista no llevan naturalmente, por su fuerza intrínseca, a la emancipación humana —y éste es el punto en discusión—, sino que pueden producir el mal o el bien, ser órganos, hoy, de conservación o de transformación social, servir mañana a la reacción o a la revolución, según que se limiten a su función propia de defensores de los intereses inmediatos de los socios o estén animados y trabajados por el espíritu anarquista, que les hace olvidar los intereses en beneficio de los ideales. Y por espíritu anarquista entiendo ese sentimiento ampliamente humano que aspira al bien de todos, a la libertad y a la justicia para todos, a la solidaridad y al amor entre todos, y que no es dote exclusiva de los anarquistas propiamente dichos, sino que anima a todos los hombres de buen corazón y de inteligencia abierta...

El movimiento obrero, pese a todos sus méritos y potencialidades, no puede ser por sí mismo un movimiento revolucionario, en el sentido de negación de las bases jurídicas y morales de la sociedad actual. Puede, como toda nueva organización puede, en el espíritu de los iniciadores y en la letra de los estatutos, tener las más elevadas aspiraciones y los más radicales propósitos, pero si quiere ejercer la función propia del sindicato obrero, es decir, la defensa inmediata de los intereses de sus miembros, debe reconocer de hecho a las instituciones que ha negado en teoría, adaptarse a las circunstancias y tratar de obtener cada vez lo más posible, negociando y transigiendo con los patrones y el gobierno.

En una palabra, el sindicato obrero es, por su naturaleza misma, reformista y no revolucionario. El revolucionarismo debe introducirse, desarrollarse en él por obra constante de los revolucionarios que actúan fuera y dentro de su seno, pero no puede ser la manifestación natural y normal de su función. Al contrario, los intereses reales e inmediatos de los obreros asociados, que el sindicato tiene la misión de defender, están con mucha frecuencia en pugna con las aspiraciones ideales y futurísticas; y el sindicato sólo puede hacer obra revolucionaria si está penetrado por el espíritu de sacrificio y en la proporción en que el ideal se ponga por encima del interés, es decir, sólo y en la medida en que cese de ser un sindicato económico y se transforme en un grupo político e idealista, cosa que no es posible en las grandes organizaciones que para actuar necesitan del consentimiento de la masa siempre más o menos egoísta, temerosa y retrógrada. Y no es esto lo peor. La sociedad capitalista está constituida de tal manera que, hablando en general, los intereses de cada clase, de cada grupo, de cada individuo son antagónicos con los de todas las demás clases, los demás grupos y todos los otros individuos. Y en la práctica de la vida se verifican los más extraños entrelazamientos de armonías y de intereses entre clases y entre individuos que desde el punto de vista de la justicia social deberían ser siempre amigos o siempre enemigos. Y ocurre con frecuencia que, pese a la proclamada solidaridad proletaria, los intereses de un grupo de obreros se oponen a los de los demás y armonizan con los de un grupo de patrones; como ocurre también que, pese a la deseada hermandad internacional, los intereses reales de los operarios de un determinado país los vinculan con los capitalistas locales y los ponen en lucha contra los trabajadores extranjeros: sirvan de ejemplo las actitudes de las diversas organizaciones obreras frente a la cuestión de las tarifas aduaneras, y la parte voluntaria que las masas obreras toman en las guerras entre los Estados capitalistas.